

### EL CIERRE DE UN CICLO

Corría el año 2000, y estando en sus primeros meses de gestión el presidente Hugo Chávez con una elevada aprobación popular, la revista *SIC* puntualizaba las razones que llevaron al cierre de un ciclo para el sistema político venezolano, y apuntaba las inquietudes que generaba el nuevo ciclo, la llamada *revolución bolivariana*. A fin de cuentas, el voto popular había castigado –sin duda– a quienes habían gobernado bajo el modelo de conciliación de élites pero se avizoraba que ese respaldo mayoritario caía sobre los hombros de un líder al que era difícil definir, y de quien no se tenía claridad hacia dónde conduciría el país.

En la edición de julio de 2000, Michael Penfold con su ensayo “Adiós al puntofijismo” revisaba el fracaso del modelo de conciliación de élites instaurado en 1958 y que al ser electo Chávez en diciembre de 1998 sencillamente se resumía en un arco de tiempo de cuatro décadas. Para Penfold hubo dos factores que ayudaban a explicar el fracaso del modelo. Por un lado, el efecto de la caída del ingreso fiscal petrolero, que exacerbó muchas de las contradicciones iniciales del sistema democrático, junto al incremento de la competencia electoral como producto de cambios en el sistema electoral y el inicio de la elección directa de alcaldes y gobernadores. La caída del ingreso fiscal petrolero ero-

sionó el mecanismo utilitario sobre el cual se sostenían los arreglos institucionales del sistema democrático venezolano.

Para el autor, la caída de los ingresos fiscales que de forma recurrente vivió el país a partir de los años 80 y que se extendió durante los 90, puso en crisis a unos actores políticos, el bipartidismo de AD y COPEI, en quienes se centraron las críticas de la sociedad y de los actores políticos emergentes. El pacto político en Venezuela tuvo éxito en la medida en que tenía capacidad redistributiva; cuando ese mecanismo dejó de funcionar (por la caída de los ingresos petroleros) se enfatizó un proceso de deslegitimación que se expresó finalmente en las urnas llevando a un *outsider* al poder –como lo fue Chávez en 1998.

En esa misma edición de julio de 2000, José Virtuoso tituló así un trabajo: “A la revolución le hace falta política”. Al realizar un balance de los primeros dieciséis meses del gobierno de Chávez, sostenía Virtuoso que el entonces presidente fundaba su liderazgo en el entusiasmo de la población. Lograba sintetizar la expectativa popular de dejar atrás una situación no deseada y creaba la ilusión de que en el corto plazo era posible lograr cambios sensibles en la vida política, social y económica del país. Asimismo, apuntaba el autor, Chávez simbolizaba “el republicanismo cívico bolivariano que forma parte de la iden-



idad ideológica de las Fuerzas Armadas Venezolanas”.

Sin embargo, lo que eran buenos propósitos, que comulgaban con el deseo popular, no ocultaban en el análisis de Virtuoso elementos que eran sumamente preocupantes en esos primeros meses de gestión: “La inexistencia de un proyecto de país en el que se concreten las aspiraciones de los venezolanos y las buenas intenciones del presidente, su gobierno y sus aliados políticos, la ausencia de trabajo en equipo de los integrantes del alto gobierno, el continuo recurso a militares (retirados y activos) y a la institución militar para ocupar cargos políticos y administrar programas sociales o de desarrollo, y la inexperiencia de la mayor parte de los funcionarios en el ejercicio de los cargos que se les encomienda”.

Constatar el fin del ciclo identificado con el *puntofijismo* junto a la incertidumbre que sembraba la nueva etapa político-institucional fue lo característico de aquel julio de 2000.

\*Andrés Cañizález. Miembro del Consejo de Redacción de *SIC*.